

Profesores Higuchi e Inaba ESTUDIO ACADÉMICO SOBRE PERUANOS

Casi 30 años después de su presencia masiva, ¿qué tanto se han adaptado los latinos a la vida en Japón?, ¿cuánto han progresado?, ¿qué posibilidades tendrá la segunda generación? Para responder preguntas como las formuladas, conversamos con los profesores Higuchi e Inaba, que vienen realizando estudios académicos sobre los migrantes latinoamericanos.

En Sociología, el término “movilidad social” o “movilidad socioeconómica” se refiere a la evolución de un individuo o grupo de un estrato social hacia otro. Dicho de otra manera: la movilidad social es la posibilidad de progresar que tiene cada ser humano o colectivo, de ascender de una clase social hacia otra.

¿Existirá esa movilidad en la comunidad de latinos en Japón? Comparado a otros colectivos extranjeros en el Japón con varios años de residencia, los latinoamericanos no han conseguido –por diversos motivos– aún este cometido, según la opinión de los profesores Naoto Higuchi (Universidad de Tokushima) y Nanako Inaba (Universidad de Sofía) que realizan desde hace más de dos décadas estudios sobre la comunidad latinoamericana llegada a comienzos de los 90 en la época del llamado “Fenómeno Dekasegi”.



Los profesores Naoto Higuchi y Nanako Inaba llevan más de una década estudiando a miembros de las distintas comunidades latinas en el Japón.

Su primera investigación la realizaron interiorizándose con la comunidad brasileña, para luego efectuar un estudio sobre los argentinos en Japón. Desde el 2011 la exploración se hace exclusivamente con la comunidad peruana, lo que los ha llevado inclusive a viajar al Perú para entrevistar a compatriotas que luego de vivir la experiencia japonesa retornaron al país.

Ambos profesionales, –que además son esposos– han entrevistado para estos estudios a casi medio millar de inmigrantes y ex “dekasegi”. Recientemente estuvieron conversando durante dos días con residentes en Mooka, Tochigi, importante ciudad si se pretende volver sobre los pasos de los primeros peruanos en este país.

“MOVILIDAD SOCIAL”

“Para cualquier sociólogo, el caso de los latinoamericanos en Japón llama la atención. Treinta años después, esta movilidad social casi no se ha producido. Continúan realizando las mismas ocupaciones y son pocos los que han obtenido independencia económica. Otros colectivos migrantes que no tuvieron elementos favorables como, por ejemplo, el de poder traer a su familia, han conseguido ‘moverse’ a otros estratos y alternar con la propia sociedad japonesa. Un 40% de los pakistaníes, por ejemplo, es dueño de su propio negocio, son independientes”, refiere Higuchi.

Explicó que las realidades son diferentes y que el conocimiento del idioma podría ser uno de los motivos, pero no necesariamente el fundamental. En otras comunidades extranjeras el número de matrimonios de sus miembros con personas de nacionalidad japonesa es mayor. Es decir, estos inmigrantes tienen un “capital social” –término de las Ciencias Sociales que significa la colaboración entre elementos de un colectivo y el uso individual de las oportunidades surgidas a partir de ello– en sus esposos, alguien a través del cual podrán acceder con mayor facilidad a una diversidad de relaciones y oportunidades.

“En el caso de los latinoamericanos, ello no es común. Generalmente se casan entre ellos mismos, vale decir, entre personas que socialmente se encuentran en el mismo nivel, lo que dificulta proyectarse a otros ámbitos laborales y de relaciones sociales”, explicaron.

LA SEGUNDA GENERACIÓN

Les pregunto si esta movilidad social podría comenzar a apreciarse a partir de la segunda generación, de los hijos de los migrantes, dado que tienen de su lado una formación educativa que se ha desarrollado en el Japón.

“El problema está en que dentro de los colectivos extranjeros en el Japón, las comunidades brasileña y peruana son las que tienen más problemas en relación a la educación. Concluyen la etapa escolar, pero solo un 11% culmina los estudios



Con un grupo de peruanos residentes en la ciudad de Mooka, en Tochigi.

superiores. Una cifra baja, comparada a otras comunidades. Un dato curioso: entre los migrantes mayores de 40 años –supuestamente los padres de estos chicos– el porcentaje de gente que ha cursado estudios universitarios está en 16%, es decir, es superior al de sus hijos. Hay que decir también que si hablamos del Japón, una evaluación similar arrojaría en los padres un 20% con estudios superiores, pero un porcentaje mucho más alto en el número de jóvenes con acceso a la universidad o instituto técnico”, comentó Higuchi.

“DEJA VU”: ¿LA HISTORIA SE REPITE?

La falta de mano de obra ha configurado un escenario muy similar al de hace tres décadas. Los brasileños, apretados por su crisis económica, ven a Japón nuevamente como alternativa y por centenares se suben a los aviones para esta nueva aventura japonesa. Lo mismo sucede, aunque en menor medida, en el Perú, hasta donde han llegado, inclusive, representantes de algunas contratistas para reclutar trabajadores. ¿La historia vuelve a repetirse?, ¿qué ha aprendido el gobierno de la experiencia reciente con los inmigrantes latinos de origen japonés?, pregunto.

“Es la misma situación de hace 30 años, y las cosas no han cambiado mucho. En los 90 el gobierno creó la visa para los de origen japonés (定住者 teijū-sha) con lo que llegaron decenas de miles de trabajadores que a lo largo de los años fueron asentándose en el Japón. Pero no hubo una infraestructura ni asistencia para asimilarlos. Programas de enseñanza del idioma y de formación profesional solo fueron a ofrecerse cuando llegó la crisis mundial en el 2008, cuando la cantidad de desempleados fue un problema. En Europa, por ejemplo, se programa este tipo de asistencia para inmigrantes. El problema aquí es que mientras el Ministerio de Justicia daba una visa para que el nikkei visite a su familia y pueda trabajar, el Ministerio de Trabajo tenía otra política con los trabajadores extranjeros. En ningún momento hubo una estrategia conjunta”, recuerdan.

Les pregunto también sobre su opinión por la llamada “visa yonseí” que entra en vigencia desde el primero de julio. “Es una visa contradictoria y que atenta contra la unidad familiar. ¿Cómo puede ser posible que en una misma familia los perio

dos de permanencia en Japón de sus integrantes sean diferentes? Mientras un padre “sansei” puede optar por una visa de larga permanencia, su hijo, descendiente de cuarta generación, tendrá limitada su estadía. El gobierno recomienda cierto nivel de idioma japonés, el que debe mejorarse si el aplicante pretende extender su visa, pero no le da ningún tipo de facilidad. Le dice, mejora tu japonés, estudia, pero con tu plata. Eso está mal, creo. Intentaron hacer lo mismo con la visa teijū-sha, pero después quedó sin efecto como requisito para renovación de visa. Ahora pretenden exigirlo a los yonseí”, opinó Higuchi.

LA REALIDAD EN PERÚ

Los profesores incluyen en sus investigaciones también a las personas que luego de unos años en Japón, retornaron al Perú. Las entrevistas para este estudio académico –financiado por el Ministerio de Ciencia y Educación– les ha llevado a viajar hasta en doce oportunidades a Lima y otras localidades.

“Vimos en el Perú que la comunidad de origen japonés es muy diversificada en términos socioeconómicos. Allí uno ve que un nikkei puede ser político y hasta presidente; gente con mucho dinero, pero también familias que son pobres. Algo que no habíamos visto, por ejemplo, en la Argentina, donde la comunidad japonesa corresponde, más bien, a la clase media”, menciona Higuchi.

La profesora Inaba –que forma parte también de una red de ONGs interesadas en brindar ayuda a trabajadores extranjeros– contó de muchos casos de peruanos que habían retornado luego del terremoto de Tohoku, pero con muy poca preparación para lo que encontrarían en un país totalmente cambiado. “Muchas familias que retornaron en el 2011 se vieron en problemas por su falta de preparación. La mayoría no tenía ahorros ni relaciones como para poder iniciar negocios. Hubo el caso de un padre de familia que ayudaba en la tienda de su hermano por lo que recibía unos mil soles, cuando ochocientos se le iba en la educación de sus hijos, que no hablaban el español, por lo que sus problemas de adaptación en la escuela eran evidentes. Dos años después, este padre, acompañado de uno de sus hijos, estaba de vuelta en Japón, separándose nuevamente la familia”. ■